

si para su ruina no fueran bastante la peste, el hambre y los bárbaros, que al parecer de los cristianos «habían sido desencadenados por Dios para aquel día de cólera.»

Galieno tuvo un mérito: comprendió en efecto que aquella persecución era tan inicua como inútil, y cuando fué dueño absoluto, mandó devolver á los cristianos sus cementerios, sus bienes y la libertad de su culto (260) (1). Era una guerra menos en el imperio. Por desgracia quedaban aun muchas otras.

Cuando la imprudencia de Valeriano entregó la Siria á los persas, había en Oriente dos hombres famosos por sus talentos militares, Macriano, lugarteniente del emperador prisionero, y Balista, antiguo prefecto del pretorio. Reunieron los restos del ejército de Edesa y buscaron en Samosata, en el estrecho ángulo que forma el monte Aman y el Eufrates, al N. de Comágene, un retiro que fuera de fácil defensa.

Poco á poco fueron recobrando aliento los romanos, y Balista ganó las costas del mar de Chipre, reunió una flotilla, en que embarcó algunas tropas, y en varios puntos de la Cilicia hizo algunas incursiones afortunadas. Como los persas, en el orgullo de su triunfo, desdeñaban toda prudencia, sorprendió muchas veces sus huestes encarnizándose con ellas.

Pero la mejor ayuda vino de donde el imperio no podía esperarla. Ya hemos hablado en esta historia de Palmira,



Odenato, esposo de Cenobia (atribución insegura) (2)

de sus riquezas, de su numerosa población y de una familia que ocupaba allí el primer lugar, la de los Odenatos. Para su comercio necesitaban los palmirenses la amistad de Sapor, y le enviaron diputados con muchos y ricos presentes para sellar esta amistad. Pero el soberbio príncipe arrojó al río los presentes, desgarró la carta de los embajadores y exigió absoluta sumisión. Tenía entonces Palmira como jefe ó príncipe de su senado á un hombre inteligente y resuelto, muy rico y muy influyente, llamado Septimio Odenato. En los momentos de crisis los hombres superiores ocupan naturalmente su puesto, y Odenato persuadió á sus compatriotas de que no se debía responder sino con la guerra á ultrajes que eran una amenaza segura para su independencia, y organizó la guerra sin demora y de una manera formidable.

Las caravanas habían hecho la fortuna de Palmira; y para conducir las había tenido que entenderse con los árabes del desierto de Siria, los cuales, desde el Oronte, al Pasitigris, todos defendían sus intereses. Odenato recordó á sus *cheiques* la destrucción de la ciudad árabe Atra arrasada por Sapor y les representó su libertad y sus riquezas perdidas si el orgulloso y violento príncipe lograba expulsar del Asia á los romanos.

El árabe tiene dos grandes pasiones, la religión y el

(1) Eusebio, *Hist. eccl.* VII, 13. Galieno parece haber sido bondadoso. Habiendo vendido un comerciante á Salonina piedras falsas por finas, hubo de condenarlo á las garras de un león, y luego hizo saltar contra él un capón. Todos se echaron á reír y el emperador exclamó: «Bueno es que quien engaña sea engañado» (*Hist. Aug. Gal.* 12).

(2) Piedra grabada del gabinete de Francia, núm. 1399.

comercio: Mahoma no les había dado todavía la una; pero la otra había sido singularmente desarrollada por los provechos que las mercancías cambiadas entre los dos imperios dejaban en manos de los que conducían los convoyes y caravanas. Acudieron pues en multitud al rededor del príncipe de Palmira y vamos á verlos fundar el primer imperio árabe.

Palmira tenía una guarnición romana permanente, y esta tropa sirvió de núcleo al nuevo ejército. Los fugitivos dispersos en la Siria se le incorporaron y Odenato añadió sus árabes. Los triunfos de Balista habían comprometido la situación de los persas en la Siria; su línea de retirada estaba amenazada al Sur por los armamentos de Palmira, al Norte por la guarnición de Edesa que se daba ya la mano sin duda con las tropas de Samosata, y en aquella tierra demasiado romana no había ya seguridad para ellos, que se sentían muy inquietos. Sapor los condujo hacia el Eufrates dejando tras sí buen número de los suyos, sorprendidos por un repentino ataque de las tropas de Odenato.

Llegado que hubieron á la orilla derecha del río, abrazáronse los persas en su regocijo, creyéndose ya á buen recaudo; pero aun les faltaba, dice Zonaras, comprar la libertad del paso entregando al ejército de Edesa lo que les quedaba del oro sirio. También se produjo en aquellos desiertos una como avalancha de hombres. Atraídos por el incentivo de la matanza y los despojos, acudieron los nómadas de todos los puntos del horizonte y como por encanto surgían de la soledad espantables ejércitos.

Con esto, Odenato, á quien ya se había incorporado Balista, se sintió bastante fuerte para emprender la reconquista de Mesopotamia y para atreverse á seguir hasta Tesifonte las huellas de Trajano y Sept. Severo (3). En una batalla se apoderó de una parte de los tesoros de Sapor y de sus mujeres: era la digna contestación de los ultrajados palmirenses al soberbio príncipe.

No había podido libertar al cautivo emperador Valeriano; pero envió á Roma sátrapas prisioneros, y Galieno, olvidado de su padre, celebró por un triunfo esta victoria que las legiones romanas habían dejado ganar á los beduinos.

De esta afortunada expedición volvía demasiado grande Odenato para permanecer de simple particular. Los árabes lo proclamaron rey, y Galieno, con la mira política de granjearse la buena voluntad de un hombre tan útil, quiso obligarlo con honores y lo nombró jefe de las fuerzas imperiales en aquella parte del Oriente, *ἀποκεράτωρ* ó *imperator* (principios de 262). Más tarde, después de nuevos servicios, le reconoció el título de Augusto, y el hijo de los clientes de Severo se puso á la altura de los emperadores de Roma (4).

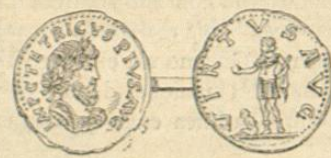
### III.—LOS EMPERADORES PROVINCIALES (249-268). GALIANO.

Los que por un recuerdo de Atenas se han llamado los treinta tiranos, no eran tiranos ni treinta. Desde el cautiverio de Valeriano hasta la muerte de su hijo, se cuentan diez y ocho generales que fueron proclamados emperado-

(3) Eutropio, IX, 10, 11; Malal. XII, p. 227; Zonaras XII, 23.  
(4) M. de Vogue (*Inscríp. sem.* p. 29 y sig.) no cree que Odenato hubiera llevado el título de Augusto. Pero como nota Waddington (*Inscríp. de Siria*) «en Palmira no presumían de traducir exactamente los títulos de las funciones romanas,» y como á Cenobia se llama en una inscripción *σεβαστή* ó augusta, se puede inferir de aquí que se le dió este título como viuda de un *σεβαστός*.

res por sus tropas (1), como lo habían sido todos los príncipes desde los Antoninos, y no les faltó más que el éxito para haber figurado legalmente entre los señores del mundo romano. Uno solo, Calpurnio Pisón, era de alta nobleza; otro, Tétrico, del orden senatorial; los demás eran de origen oscuro.

Por lo demás, estos supuestos usurpadores no fueron peores ni mejores que los príncipes inscritos en el catálogo



Moneda de Tétrico (2)

oficial: muchos de ellos mostraron habilidad y prestaron buenos servicios, y todos, en fin, eran legítimos, como lo había sido Septimio Severo.

El imperio, es decir la unión para la común defensa parecía no existir ya desde que uno de los emperadores estaba cautivo en Tesifonte, otro se abandonaba á los placeres y los bárbaros recorrían las provincias. Bajo el estímulo de la necesidad hubo de despertarse el patriotismo, y puesto que no había que esperar de Roma nada, todo se esperó del propio esfuerzo. Las legiones formaban la guarnición permanente de las provincias y ordinariamente permanecían mucho tiempo en los mismos lugares: la *III.<sup>a</sup> Augusta* ocupó la Numidia por espacio de tres siglos.

De aquí resultaban estrechas relaciones entre el ejército y las gentes del país: el soldado se casaba en él, en él se reclutaba la legión, y las tropas tomaban las costumbres y creencias del medio en que vivían. Hemos tenido muchas ocasiones de mostrar que la diferencia entre los ejércitos galos y sirios, por ejemplo, respondía á la diferencia de las dos regiones. Poco á poco estos múltiples lazos hicieron de los legionarios, como los representantes de aquellos cuyos defensores obligados eran, y durante el eclipse del imperio unitario, el interés provincial se personificó en emperadores provinciales.

Casi al mismo tiempo, la Galia, la Iliria, la Mesia, la Panonia, la Grecia y la Tesalia proclamaron á sus gover-



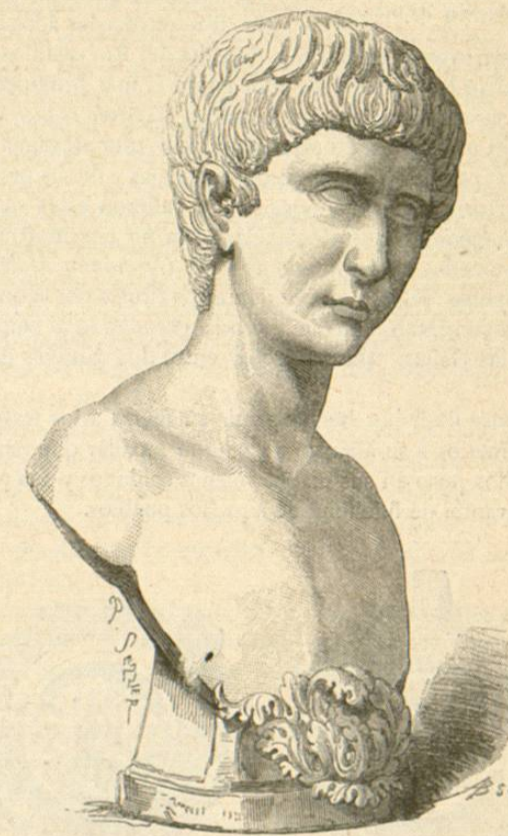
Moneda de Paciano, emperador en Panonia ó en Recia (3)

nadores, y los pueblos estaban tan bien hallados con los militares que compartieron con ellos su fortuna. Donde Galieno pudo derribar á uno de sus rivales, tuvo que sufrir tanto el elemento civil como el militar: hizo diezmar

(1) Todavía se llegará á veintinueve Césares ó Augustos asesinados en menos de doce años contando los hijos de emperadores á quienes sus padres dieran la púrpura.  
(2) IMP. C. TETRICVS PIVS AVG. y el busto laureado del emperador. Al reverso: VIRTVS AVG. Tétrico en traje militar, de pie; á sus pies, un cautivo (Moneda de oro del museo Británico).  
(3) IMP. TI. CL. MAR. PACATIANVS AVG. y el busto radiado del emperador provincial. Al reverso: ROMAE AETERN. AN(ño) MILL(ésimo) ET PRIMO (año 1001 de Roma; 248 después de J. C.); en el centro Roma sentada (Moneda de plata).

las legiones, pero las ciudades, como los campamentos, vieron correr mucha sangre (4).

El más notable de estos emperadores es Póstumo (5). Era de humilde condición (6); pero de gran corazón y muy popular en las Galias, donde había nacido y cuya seguridad había garantizado. Cuando Galieno salió del país en 258, dejó á su hijo Salonino en Colonia con el título de César, bajo la custodia, no de Póstumo, gobernador de la Galia, sino del tribuno Silvano. Póstumo se resintió de esta muestra de desconfianza. Un día en que había repartido entre sus soldados un rico botín tomado á los francos, reivindicó Silvano estos despojos como pertenecientes al César. Cuando Póstumo dió á conocer esta orden, los soldados, antes que devolver lo que habían recibido y ya sin duda gastado, arrancaron de sus estandartes las imágenes de los príncipes y proclamaron á su jefe por empera-



Joven romano que se supone ser Salonino (7)

dor (258). Este los condujo á Colonia, se hizo entregar después de un largo bloqueo al César y á su consejero y les dió muerte á los dos (8).

(4) Treb. Pollón, *Tyr. trig.* 8. Esta reanimación del patriotismo provincial se revela en dos cosas: muchas ciudades, en Galia, por ejemplo, dejan en el siglo tercero su nombre romano para tomar el de su pueblo, y cuando los emperadores separan un antiguo gobierno para organizar nuevas provincias, lo hacen casi siempre dando á éstas los límites que estas regiones habían tenido en el tiempo de su independencia.

(5) M. Cassianus Latinus Postumus.  
(6) *Obscurissime natus* (Eutrop. IX, 9).  
(7) Mármol del museo del Louvre.  
(8) Eckhel (t. VII, p. 391 y 438) pone la rendición de Colonia en 259.—*La Historia Augusta* (*Tyr. trig.* 3) da á Póstumo un hijo que Valeriano había nombrado tribuno de los voconces y que su padre hubo de tomar por colega; pero aunque poseemos muchas medallas de Póstumo, ninguna nos da á entender que su hijo, cuyas aficiones eran meramente literarias, hubiera sido nombrado César y luego Augusto, y la adopción de Victorino confirma estas dudas (Eckhel, t. VII, 447, y Witte, *Rev. numism.* t. IV, 1859).



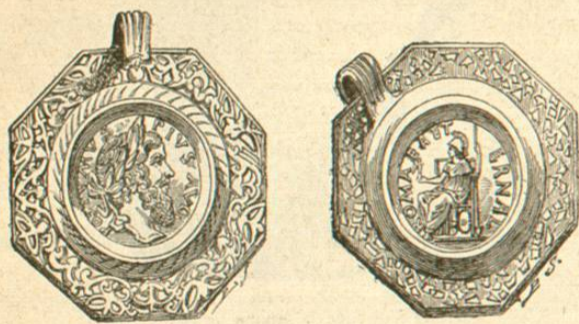
Los pueblos y los ejércitos de las Galias, de Bretaña y de España prestaron juramento al nuevo Augusto (1). No era fundar un imperio galo, español ni bretón; nadie pensaba aun en romper con Roma, sino con Galieno, y para defenderse se unían todos á las órdenes de un soldado glorioso. Tréveris fué su capital, donde reunió un senado, que le decretó todos los honores que los príncipes recibían á orillas del Tíber; pero en sus monedas, única historia que conservamos de él, conservó la imagen de la ciudad eterna, *Roma eterna*.



Salomino César  
(Medallón de bronce)

Bajo la púrpura conservó su traje militar. Impidió que los alamanos entraran en Galia, hizo retroceder á los francos, construyendo en la orilla derecha del Rin castillos que dominaban los pasos, y su flota purgó el mar británico de piratas sajones. Una de sus medallas, *Neptuno reduci*, indica que él mismo dirigió esta expedición; otra atestigua sus esfuerzos para alejar la peste de sus tropas y de sus provincias. Victorias que no conocemos le valieron estas saluciones imperiales, que desde Caracalla no nos mostraban ya las monedas, y el sobrenombre de *Germánico Máximo*. Las monedas del año 262 le dan estos títulos por la quinta vez, y representan, unas la Victoria coronando al emperador de las Galias, otras un trofeo entre dos cautivos derribados.

Después de haber hecho sentir su fuerza á los francos, supo atraerlos á su alianza: un cuerpo auxiliar que reclutó entre ellos puso en sus manos buenos soldados y una prenda ó garantía de fidelidad de aquellos pueblos.



Moneda de Póstumo con 'Roma eterna' en el reverso (2)

El usurpador llenaba pues todos los deberes de un príncipe legítimo; la seguridad reinaba en las provincias, el comercio reaparecía en los caminos y en los ríos pacificados. Para mostrar de dónde provenía esta seguridad, hacía Póstumo representar el Rin tranquilamente apoyado en una urna inclinada con los símbolos de la paz, un áncora, una caña y siguiendo con la vista el curso de las apacibles aguas. La leyenda era expresiva: *Salus provinciarum* (3).

(1) Brequigny (*Hist. de Post.* p. 356, t. XXX de la *Acad. de Inscr.*) Esta opinión se apoya, es verdad, en dos leyendas monetarias que parecen ser de otra época; pero tiene en su abono la verosimilitud (Eckhel, VII, 442).

(2) Moneda de oro encajada en un marco calado y provisto de una anilla.

(3) Los bronceos de Póstumo son muy defectuosos; pero sus monedas de oro se igualan á las más bellas de los emperadores precedentes y las de plata tienen también alguna mezcla de metal, mientras las de Galieno no la tienen. Según las monedas que se han encontrado

En 262, celebró Póstumo el quinto año de su proclamación. Desde el tiempo de Augusto no se había celebrado esta solemnidad sino en las *decennalia*; pero en la época en que estamos, se daba por dichoso el príncipe que había vivido la mitad de este tiempo, y cinco años eran el *grande avi spatium*, que un emperador no excedía.

Otro general de reputación, Ingenuo, fué proclamado á su vez emperador por las tropas de Panonia (258), y los pueblos se pronunciaron con entusiasmo en favor del caudillo que tantas veces había rechazado y arrojado al Danubio godos y sármatas. Galieno sin embargo lo venció cerca de Mursa, con una hábil maniobra de uno de sus tenientes, Aureolo, que rompió la línea enemiga con una irresistible



Moneda de Macriano (4)

carga de caballería. Ingenuo se dió la muerte ó hizo que se la diera su escudero. Con esto, la provincia fué inundada de sangre, y guardando sus rencores, muy pronto proclamó un nuevo emperador.

Por el momento, vencedor de los rebeldes de Panonia y de los alamanos, que acababa de arrojar de Italia, parecía Galieno en estado de hacer ruda guerra á Póstumo; pero llegaban malas noticias del Asia: Valeriano estaba cautivo y Balista había decidido á Macriano á tomar la púrpura.

Este Fulvio Macriano, soldado de fortuna, se había alzado desde las últimas filas de la milicia á los primeros puestos del Estado. Su casamiento y las liberalidades de Valeriano, que tenía en él toda su confianza, lo habían hecho bastante rico para que su caudal privado le permitiera pagar en el acto á las tropas el donativo acostumbrado en tales casos. Los autores eclesiásticos lo representan como hombre dado á las artes mágicas, con cuyo auxilio hubo de decidir á Valeriano á emprender la gran persecución de 258. El emperador se resolvió á este empeño por razones que no valían más ciertamente, pero que él creía más serias. Los paganos por su parte le echaban en cara haber impedido al príncipe á la fatal entrevista de que no volvió.



Macriano hijo (Moneda de oro)



Quieto (Bronce)

Estas acusaciones que salen de los subsuelos de la historia, deberían permanecer en ellos. Por lo demás, el personaje es poco importante, y su reinado fué muy breve. Para aceptar el imperio exigió que se nombrara Augustos á sus dos hijos, Macriano y Quieto. El Egipto lo reconoció como tal emperador (fines de 260 y principios de 261).

en los depósitos de aquel tiempo, se puede inferir que las monedas de la Galia no tenían circulación en Italia y viceversa, que las de Galieno no eran corrientes en los mercados de la Galia (Mommsen, *Hist. de la mon. rom.* t. II, p. 124).

(4) IMP. C. FVL. MACRIANVS P. F. AVG. Busto radiado del emperador. Al reverso, MARTI PROPVGNATORI y el dios Marte (Moneda de vellón).

Gracias á Odenato, el Oriente estaba libre de persas, pero había que restablecer el reposo en los ánimos, la disciplina en el ejército, la confianza en las poblaciones. Era negocio para ocupar mucho tiempo la solicitud de un príncipe; pero Macriano no pensó en ello, sino que quiso extender su dominación antes de haberla consolidado.

En efecto, dejando á Quieto con Balista en Asia, pasó á Europa con su otro hijo y treinta mil hombres á fin de derribar á Galieno. Se había hecho preceder de Pisón, uno



Victorino coronado de laurel (3)

de sus generales, que debía desembarcarlo de Valente, procónsul de la Acaya, cuyos talentos temía. Amenazado Valente, tomó la púrpura en Grecia, y se cree que Pisón hizo lo mismo en Tesalia, adonde se refugió (1). Pero tenían pocas tropas y probablemente poco dinero también, y se iban á encontrar en medio de los dos grandes ejércitos de Macriano y de Galieno, por lo cual sus mismos soldados los mataron (2).

Aureolo había sido recompensado por la derrota de Ingenuo con el grado de maestre de caballería y el gobierno de las provincias ilirienses. Era hijo de un pastor de Dacia; otra prueba más de que las vacantes de los altos cargos se cubrían con hombres de oscuro origen. Encargado de atajar la invasión siria, lo consiguió fácilmente: parte de aquel ejército se pasó á su lado y Macriano pereció con su hijo. Con esto se simplificaba la situación.

A la nueva de esta derrota, Odenato sitió en Emesa al hijo segundo de Macriano, y le dió muerte, habiendo hecho matar poco tiempo después á Balista, el único hombre que podía serle embarazoso (4). El palmirano quedaba único dueño del Oriente romano, mientras Galieno y Póstumo compartían el Occidente.

Estas guerras intestinas no eran las más á propósito para detener ni impedir las correrías de los godos y los sármatas en el Asia y en la Tracia. En las costas del Asia Menor incendiaron el famoso templo de Efeso, el cual con sus ciento veintisiete columnas de mármol precioso, de sesenta pies de altura, las esculturas de Escopas y los donativos de los reyes y de los pueblos acumulados en su recinto, pasaba por una de las maravillas del mundo (5). En la Mesia tomaron á Nicópolis, que se había resistido á Kniva, y en Macedonia sitiaron á Tesalónica, capital de la provincia. Sus hordas, que iban en aumento con la incorporación de gran número de esclavos fugitivos, bárbaros también en su mayoría, llegaron hasta Grecia, donde encontraron poco botín y muchas montañas, que hacían fácil la resistencia, y donde parece que hubieron de sufrir un revés. Jordanes

(1) El elogio de Pisón, pronunciado por el príncipe del senado, y el senadoconsulto que le decretaba una estatua triunfal (Treb. Polión, *Tyr. trig.* 20) no permiten creer que Pisón hubiera tomado la púrpura.

(2) Pisón sería acaso asesinado por emisarios ó por las tropas de Valente que tomó el sobrenombre de *Tesálico* (Ibid.)

(3) Medallón de oro encajado en un marco calado y provisto de una anilla.

(4) Según otras versiones, Odenato hizo gracia de la vida á Balista que vivió como simple particular en una tierra que poseía cerca de Dafne.

(5) Este templo tenía 425 pies de longitud por 220 de latitud (Plinio, *Hist. nat.* XXXVI, 21). El pie romano equivale á 0<sup>m</sup>.295.

nota la alegría infantil de los godos, cuando á su regreso se encontraron, al pie de los Balcanes, cerca de los manantiales calientes de Anquialos (262.3) (6).

Bizancio, el baluarte del imperio en aquellas regiones, tenía numerosa guarnición, que sin duda por algún retraso en sus haberes, hubo de sublevarse y saqueó la ciudad. Galieno acudió al sitio del desorden y según su costumbre se mostró muy cruel en la represión. Permaneció allí muchos meses para intimidar á los bárbaros, que habían reaparecido en Capadocia, y restablecer el orden en aquellas provincias, donde hizo reconstruir ó reparar las fortificaciones de muchas ciudades.

Al mismo tiempo estaba en negociaciones con Odenato, cuyo resultado fué la asociación del jefe árabe al imperio (264).

De regreso en Roma celebró Galieno con toda la magnificencia que el estado precario de sus rentas le permitía, el décimo año de su infeliz reinado.

En la primavera de 264 pensó por fin en vengar la muerte de su hijo y en recobrar las dos Galias. Se supone que hubo de proponer á Póstumo decidir su querrela en combate singular; á lo que debió de contestar el emperador galo que él no era gladiador. Aureolo mandaba las tropas de Galieno, y no quiso ó no supo aprovecharse de una ventaja considerable para abrumar á Póstumo, por lo cual la guerra se arrastró lánguidamente. A pesar de la defeción de un general del César italiano, Victorino, que con muchas legiones se pasó al campo del César galo, y á quien recompensó éste asociándolo al imperio (265) (7), se vió obligado Póstumo á encerrarse en una plaza fuerte, adonde las tropas imperiales lo sitiaron.

Pero Galieno fué herido de una flecha, y esta herida y el aburrimiento de una guerra que no acababa, lo decidieron á dejar así su empresa. Volvió pues á Italia y encargó á Aureolo de vigilar los pasos de los Alpes; precaución que prueba que la expedición de las Galias no había acabado bien.

Póstumo, sin embargo, entre victorioso y vencido, perdió en esta guerra el prestigio que le habían dado sus afortunados encuentros con los bárbaros. Un competidor se levantó luego contra él, Leliano; Póstumo lo batió; pero habiendo negado á sus soldados el saqueo de Maguncia, la principal plaza de la rebelión, estalló un tumulto y pereció en él con su hijo (267).

Los germanos se aprovecharon de estos desórdenes para volver á sus correrías y quemar muchas ciudades gálicas. Leliano, á quien la muerte de Póstumo había salvado, logró algunas ventajas sobre ellos, según atestiguan algunas monedas, y reconstruyó los castillos de la orilla derecha, que ellos habían derribado. Pero fatigados de los trabajos que les imponía, sus mismos soldados lo degollaron.

Victorino había preparado sin duda esta tragedia que lo desembarazaba de un competidor; pero muy luego le dieron otro, en un antiguo herrero llamado Mario. La *Historia Augusta* no asigna á éste más que tres días de imperio, á fin de poder decir que fué elegido el primero, imperó el segundo y acabó el tercero. Pero hay que concederle probablemente algo más. Uno de sus antiguos compañeros de taller, cuya mano rehusó estrechar el nuevo emperador,

(6) Estas fuentes, *aque calide*, estaban á 15 millas al Norte de aquella ciudad, que se extendía á orillas del Euxino, y tenían mucha fama, *inter reliqua totius mundi thermorum innumerabilium loca omnino precipue ac sanitatem infirmorum efficacissima* (Jordanes, 20).

(7) Es opinión muy autorizada de M. de Witte (*Rev. de numism.* nueva serie, tom. VI, 1861).